

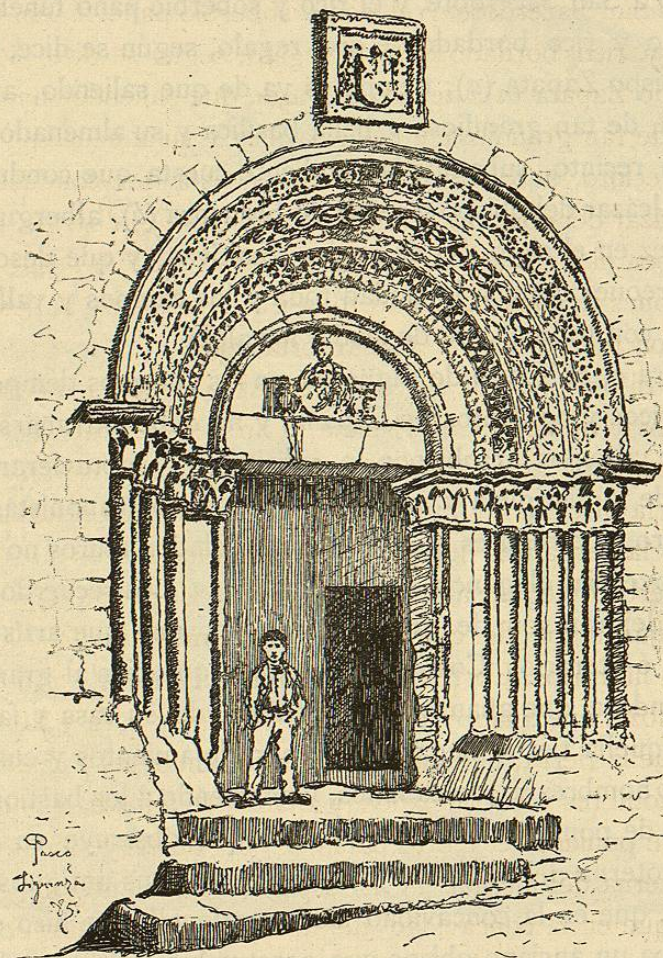
sucesores del antiguo presbiterio, alterando la antigua disciplina, fué funesta á casi todas nuestras antiguas catedrales y sobre todo para esta de Sigüenza. Por entonces se amplió el crucero hacia la época en que el obispo y cardenal Carvajal hizo el lindo claustro y, poco después, se demolieron los dos medios cubos que formaban los ábsides de las dos naves laterales. Entonces se labró el plateresco sepulcro de Santa Librada, medio escultural, medio pintado, se construyó la grandiosa y bella sacristía también plateresca en que lució Covarrubias (a) los primores de su rica fantasía, y se hicieron también las oscuras y achaparradas capillas que decoran aquel ándito añadido á la catedral antigua. Pero ésta quedó gravemente resentida y amenazando ruina. Falló el machón que cierra el coro por la parte del evangelio, la más trabajada por las obras hechas en aquel lado, abrióse la bóveda como una granada, y fué preciso apuntalar gran parte de la iglesia, sujetar las bóvedas con enormes grapones de hierro, mudos testigos que denuncian la existencia de enormes grietas, y revestir el machón ruinoso de piedra maciza, privándole de sus columnitas, capiteles y demás adornos, que conservan los restantes y su mismo compañero del lado de la epístola, el cual denuncia también aquel fracaso.

\* Para mayor dolor se construyó el enorme retablo de madera tallada y dorada de cinco cuerpos, que oculta al otro mejor de alabastro en forma de díptico, que al estilo de los de Zaragoza y Huesca coronaba el templo; y expulsada de su sitio indebidamente la efigie de la Mayor, se la llevó al nuevo trascoro, sustituyéndola en el nuevo retablo de madera con una efigie en el sublime misterio de la Asunción, la cual es quizá lo menos artístico del enorme retablo.

\* Del nuevo altar, que en el trascoro se hizo á la Mayor no hay por qué hablar: sus enormes y retorcidas columnas de mármol negro de Calatorao, llamadas por antifrasis *salomó-*

(a) Véase el capítulo anterior.

*nicas*, calumniando el buen gusto del regio vate israelita y sus arquitectos, son buenas para olvidadas. Afortunadamente estas extravagancias que indignan al artista y disgustan con razón al



SIGÜENZA. — PORTADA DE SANTIAGO

crítico y al anticuario, importan poco al católico español, que en su piedad sencilla siente más que mira. Mas ¿por qué á Dios no se le ha de dar en todo lo mejor y más bello en materia de arte?

\* Pero dejando ya la catedral y lo mucho que habría que



decir de otras preciosidades que encierra y las ricas alhajas de su sacristía, su plateresca custodia al estilo de las de Arfe, sustituyendo á la enorme y barroca que robaron los franceses, sus hermosos relicarios, el báculo abacial del monasterio de Huerta atribuído á San Sacerdote, y el rico y soberbio paño fúnebre de terciopelo y rico bordado de oro, regalo, según se dice, de un señor obispo Zapata (a), tiempo es ya de que saliendo, aunque con pena, de tan grandiosa y bella basílica y su almenado y estratégico recinto, subamos la pendiente cuesta que conduce al palacio alcázar del obispo y señor de Sigüenza (b), albergue más de una vez en el siglo XVI de regias comitivas, y que desde sus altos torreones domina la ciudad toda y los campos y valles inmediatos con todo el aire de feudal fortaleza.

\* Era el obispado de Sigüenza, en los antiguos tiempos, de los más ricos y opulentos de España, y no debe extrañarse por tanto que algunos arzobispos lo solicitasen y obtuvieran con mengua de la disciplina y murmuraciones de los canonistas austeros; pero la verdad es que sus desmantelados muros no revelan la proverbial elegancia de los Mendozas. Los recuerdos que por aquí dejaron son de carácter belicoso, más que artísticos, religiosos ó literarios. Costó no poco su adquisición al gran cardenal Mendoza, que afianzó allí el poderío de su casa y familia en toda aquella tierra, llegando á tener alojamientos y cuadras para 1000 hombres y 400 caballos, y añadiendo á los bastiones y torreones de poniente el fuerte baluarte que obstruye en gran parte la poterna del alcázar (c). El espesor de sus antiguos muros es tal, que en la concavidad de uno de ellos se hizo construir alcoba un anciano obispo que, acostumbrado á otros climas

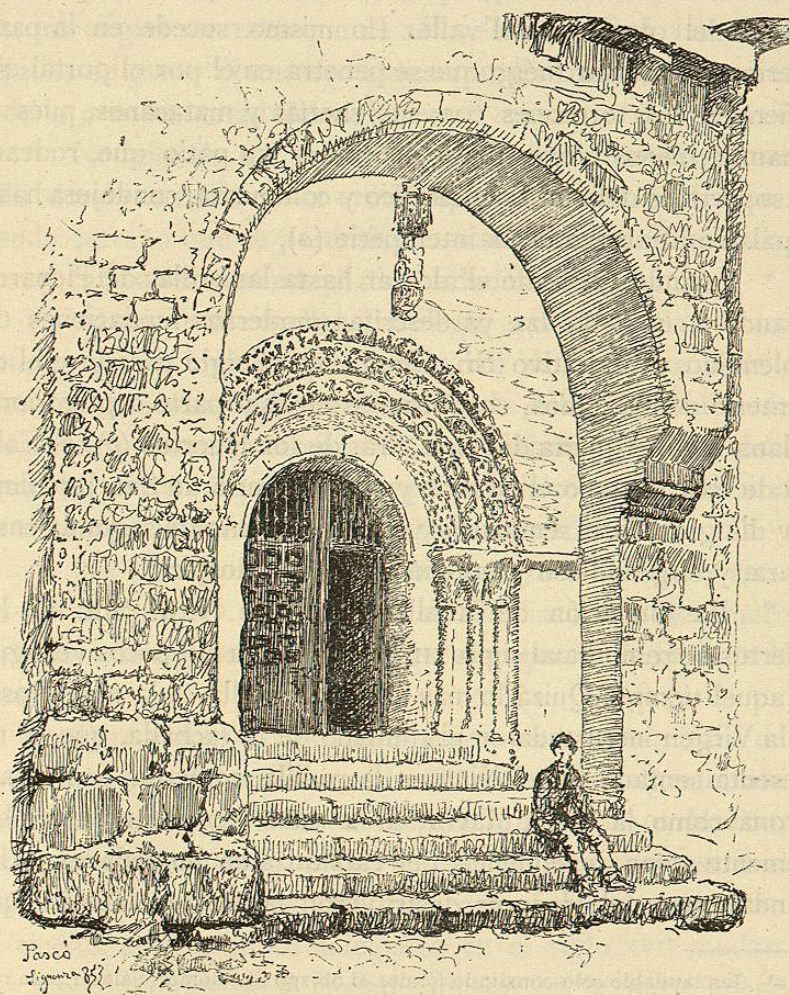
(a) No figura su nombre entre los de Sigüenza.

(b) Los edictos y demás documentos episcopales se dicen expedidos « en nuestro palacio-alcázar de Sigüenza.»

(c) Allí se defendieron cuando la invasión de Villain, en 1873, durante algunas horas, unos pocos guardias civiles que se alojaban en el alcázar, el cual venía ya muy maltratado desde la época de la invasión francesa y en cuya época perdió sus artesonados, archivos, cuadros y muchos objetos de valor, según se dice.

cálidos, sentía demasiado la influencia de los aires fríos de Sigüenza.

\* En vano se ha tratado de suavizar la pendiente cuesta



SIGÜENZA.—PORTADA DE SAN VICENTE

que de la catedral sube al alcázar, y que pone pavor en tiempos de hielos y de nieves, pero tampoco se concibe cómo algunos de los opulentos prelados que allí residían, y sus arquitectos, no idearon el sencillo medio de suavizar la bajada á la catedral por



la parte exterior de la población y el alcázar, convirtiendo en jardines y parterres con sus pórticos y escalinatas las incultas y desaseadas laderas que se dominan desde los balcones de palacio, teniendo á la vez solaz y esparcimiento más próximo que en la huerta del otro lado del valle. Lo mismo sucede en la parte interior del alcázar luégo que se penetra en él por el portal que defienden los torreones con sus saetías y matacanes, pues se echan de menos un vestíbulo decente y un patio que, rodeado de soportales ó de un buen pórtico y columnata, condujera hasta el palacio al abrigo de la intemperie (a).

\* Bajando ya desde el alcázar hasta las orillas del Henares, dejando á un lado las ya descritas modernas fundaciones del espléndido y caritativo Sr. Guerra en el siglo pasado y el cementerio de los judíos, encontramos en esta parte septentrional y llana la alberguería de Ntra. Sra. de los Huertos (b), el Colegio de San Antonio el Grande y el monasterio de San Jerónimo, hoy día grandioso seminario y establecimiento de segunda enseñanza, y el grandioso y también moderno hospicio.

\* La fundación de la alberguería de Ntra. Sra. de los Huertos se remonta al siglo XII, pero quedan allí pocos vestigios de aquel tiempo. Quizá lo más antiguo en ella es la efigie tosca de la Virgen incrustada en el tímpano de la fachada, que la representa sentada con el Niño en la rodilla izquierda, con toca y corona como la de la Mayor, á la cual representaba probablemente como dependencia del cabildo. Las humedades y las inundaciones del Henares destruyeron la antigua fábrica, que

(a) Con laudable celo consiguió fondos el obispo Sr. Gómez Salazar para restaurarlo, pero su laudable celo de morar allí y traer allá las oficinas no hallaban buena acogida en el público, acostumbrado hoy día á las comodidades de la civilización moderna y poco aficionado á subir cuestas.

(b) Véase su oportuna refutación en el capítulo anterior; pero no extrañaré que por allí morasen los mozárabes, de quienes era obispo Sisemundo, á quien visitó allí San Eulogio al regresar á Córdoba en el siglo IX, después de su excursión por la Vasconia cristiana. Los árabes obligaban á los mozárabes á vivir fuera de las murallas, en parajes bajos é indefensos, y sin permitirles edificios fuertes ni sólidos: por eso es muy posible que allí morasen los mozárabes seguntinos en el siglo IX.

restauró un deán en el siglo XV al estilo del gótico flamígero, ya decadente en aquel tiempo; y es probable que entonces sustituyera en el altar á la antigua efigie sentada la moderna en pie al estilo que los flamencos iban introduciendo por entonces con las efigies de talla que de allí se traían. Todavía algunos detalles de gusto plateresco indican otra restauración posterior y de la primera mitad del siglo XVI.

\* No lejos de allí se alza la parroquia de San Lázaro en el sitio donde estuvieron la ermita de este santo y su leprosería, siendo extraño que se permitiese construirla entre la ciudad y el río, dadas las costumbres de la Edad media (a).

\* Alzase frente á ella el Colegio grande de San Antonio, antigua y aún importante Universidad de Sigüenza, á la que hizo mala sombra la fundación de la de Alcalá por el cardenal Cisneros, que en esta catedral fué prebendado y provisor del cardenal Mendoza, á quien se acogió huyendo de los duros tratamientos de su adversario el arzobispo Carrillo.

\* No fué allí donde lo fundó en 1476 el opulento arcediano de Almazán D. Juan López de Medina, hijo de amorosos extravíos de alguno de los ilustres vástagos de la casa de Mendoza.

\* Para convento de franciscanos observantes y casa de estudio más que de enseñanza, lo fundó aquel magnate, al otro lado del Henares y en los cerros que miran á la población, estando poco afortunado en la elección de sitio. Por ese motivo, vistos los inconvenientes que para todo ofrecía el alejamiento de la ciudad, acordaron los colegiales en el siglo XVII mudarse á las inmediaciones de la ciudad, aunque en la parte inferior y junto al convento de jerónimos, que habían aceptado lo que los franciscanos rehusaban, incluso el patronato del colegio.

(a) Generalmente se establecían las leproserías bajo la advocación de San Lázaro, al otro lado de los ríos y no lejos de los puentes, para que los leprosos pidieran limosna á los transeúntes sin acercarse, á cuyo efecto golpeaban unas tablitas ligeras. Lo mismo solía suceder con las ermitas de San Antonio Abad, y casas de los canónigos antonianos en su origen.



\* Expuestos estuvieron los colegiales á quedarse sin colegio, pues demolido el antiguo, que se suponía ruinoso, para aprovechar los materiales en el nuevo, murió el obispo bienhechor, Sr. Santos Risoba, y á duras penas y pleitos lograron que la testamentaria y comisaría de expolios concluyeran el edificio. Sencilla y severa es su fachada, pero de buen gusto y aun mejor su lindo y serio patio de dos cuerpos al estilo de Vignola que entonces prevalecía.

\* Posteriormente se ha unido al colegio el monasterio de San Jerónimo, con su sencilla iglesia de gusto moderno, que nada ofrece de notable sino la frialdad característica y vulgar de las construcciones eclesiásticas del siglo xvii. Una gran fábrica construída entre el colegio de San Antonio y el antiguo monasterio de San Jerónimo, siguiendo las líneas y proporciones de éste, ha venido á convertir el Seminario en vasto y grandioso edificio, que, apareciendo en primer término desde la estación del ferrocarril, forma la primera línea de la circunvalación aunque con algo de monotonía, como ofrecen también por lo común los edificios modernos de este género asimilados á conventos, que, por más que se haga, siempre parecen conventos.

\* Aún había otros establecimientos notables en la población, aunque de inferior nombradía. El obispo D. Pedro Gómez Barroso fundó en 1343 un colegio para seis niños de coro, que sirviesen en la catedral, dotándolo con cátedras de canto y gramática. En tres años les hizo un buen colegio el espléndido Sr. Guerra, el cual acogió asimismo á principios de este siglo una comunidad de Ursulinas expulsada de Francia, haciéndoles cómodo colegio.

\* Parten de Sigüenza numerosas carreteras, que ponen á esta ciudad en contacto con las limítrofes provincias de Soria y Cuenca, y además con Molina y los pueblos de su señorío. Más allá de Alcolea del Pinar, antes de bajar al nacimiento y cuenca del Jalón, sale de la carretera general que conduce de Madrid á Zaragoza, otro ramal de carretera que á Molina conduce.



## CAPÍTULO XIII

Molina de Aragón

**D**E región más silvestre y áspera desciende el Tajo por el lado de levante; y si el deseo nos tienta de remontarnos por sus márgenes á la cuna del egregio río, que en la Alcarria vimos juvenil y bullicioso, profundo y melancólico en Toledo, anchuroso y soberbio en Talavera, nos introducirá, de cada vez más estrechamente encajonado, en las gargantas y desfiladeros del señorío de Molina, cuyo límite al sudoeste traza dividiéndolo de la provincia de Cuenca. *Cuidado de los reyes de Aragón, deseo de los de Castilla, corte de infantes, dote de reinas y desvelo de ricos omes*, apellida á este país su historiador Sánchez Portocarrero (a); y su posición fronteriza, avanzando á manera de baluarte dentro del dominio aragonés, y cerrada al sur y al este

(a) Diego Sánchez Portocarrero, natural de Molina, escribió la Historia de esta villa en 1641. Continuóla después hasta la época de los Reyes Católicos, pero no se llegó á publicar. Sus noticias, no siempre exactas, han guiado casi siempre á los que han escrito acerca de Molina. Su catálogo de los obispos tampoco es muy exacto, pero hay que tenerlo en cuenta.